

Fernando Bandeira: memoria a dos voces

*Ismael Moreno, sj**

Unas tres semanas antes de su muerte, tuve mi último encuentro con Fernando Bandeira. Pasamos una semana entera conversando sobre la pastoral parroquial de la Provincia Centroamericana de la Compañía de Jesús. En la mañana él hablaba y yo escuchaba y escribía para no dejar escapar sus pensamientos; en la tarde salíamos a una comunidad, y en la noche compartíamos con Chicho, en la casa cural de Victoria, su último destino pastoral. Después de la última visita, pasamos al lado de un cementerio de indios tolupanes, y en esa tarde me confesó su premonición: "Si de mi gusto fuera, me quedaría enterrado aquí, como entierran a los indios, envueltos en petate". Eran los últimos días de junio del año 2000. El 17 de julio caería abatido por un fulminante paro cardíaco mientras subía las gradas -incumpliendo las severas recomendaciones médicas- del edificio de la comunidad del San José, en El Progreso, Honduras.

Sin duda soy de los menos indicados para hablar de Fernando Bandeira. No lo conocí como lo conocieron sus paisanos jesuitas que vinieron con él y trabajaron mano a mano con él. Y no soy el más indicado porque Fernando y yo no fuimos amigos. Nuestras relaciones fueron más bien conflictivas, cargadas de mutuas desconfianzas, de amargos desencuentros, pero repletas de respeto y hasta me atrevo a decir de mutuas admiraciones. Por eso mismo, he preferido dejar escuchar mi testimonio sobre Fernando Bandeira de la mano del testimonio de Orlando Posada, un amigo personal y confidente, a pesar de la enorme diferencia de edades.

* Jesuita. Colaborador con este número de *Diakonia*. 124, (Diciembre 2007).

"Sí, soy Orlando Posada, trabajo en el Eric y mi relación con los jesuitas comenzó con Fernando Bandeira. Me cuesta hablar de Fernando. El es como mi papá, mejor dicho, como el papá de sangre que yo quise tener. Ese fue el sentimiento que dejó en mí. Me dio seguridad para la vida, y siento que yo le di seguridad a él, porque él necesitaba compañía de un hijo que nunca tuvo. El fue como mi papá, y yo fui como su hijo. Ambos nos dimos seguridad. El pasaba problemas, y me los transmitía. Me ayudó a madurar desde muy joven. Porque él descargó sus problemas y sus sufrimientos en un jovencito como yo. Me dio la responsabilidad de cargar con problemas y angustias de otros desde muy pequeño".

La relación de la fe con la política, los intereses políticos de la izquierda versus los intereses de los sectores populares, la identidad del trabajo parroquial y la relación con otros sectores, fueron algunos temas que debatí a veces acaloradamente con Fernando Bandeira. Fue la persona con quien más debatí en mi vida. Y en más de una ocasión casi terminamos en rupturas y desencuentros. Fernando era severo en sus críticas. Severo con las estructuras de poder. Y más severo cuando los dirigentes obreros o campesinos o animadores de la Iglesia, hablaban en nombre de la gente pobre y trabajadora, pero su vida se alejaba de sus realidades y necesidades. Especialmente duro era con los dirigentes nacidos de entre los sectores populares, para luego darse vuelta y corromperse. Y no daba tregua a los que usaban el poder para sacar ventaja personal. Yo mismo recibí el aguijón crítico y certero de su voz.

"Nunca me regaló nada, ni cosas ni dinero. Me enseñó a luchar por adquirirlas. Y me enseñó a luchar por la defensa de nuestra propia dignidad. Fernando me recomendó ante el director del Instituto Técnico Loyola para que yo, de catorce años, aprendiera el oficio de tallado de madera. Dos años después, cuando salí del Loyola, busqué un trabajo en un taller en donde se hacían trabajos de madera. Me enteré que allí explotaban a los jóvenes, y me rebelé contra el propietario. Aquel hombre del taller nos reunió un día, a los cipotes que allí trabajábamos, y nos pegó una insultada que nos dejó humillados. No aguanté más. Yo tenía dos meses, los demás llevaban dos años. Comencé a buscar dónde seguir poniendo en práctica lo aprendido. Lo hicimos en un taller de una colonia, y luego formamos el taller "Ulúa". Fernando nos apoyó y nos encargaba trabajos con el fin de que el taller no muriera. Nos organizamos, aprovechando la venida de un voluntario español. Un día Fernando se presentó con un enorme tronco de caoba. 'Haceme un cristo', me dijo. No puedo, le respondí. 'Si podés',

me insistió. Me decidí. Me costó, pero lo hice. Hoy está en el pequeño templo de El Provenir, al pie del cerro de Mico Quemado, al este de El Progreso”.

Fernando fue el hombre de la sospecha a las estructuras de poder. Buscó siempre situarse desde el no-poder y desde los sin-poder. Y era ese el lugar que le daba fuerza y poder a su crítica. Y fue experto en capitalizar ese poder para devolverlo a la gente. Lo administraba cabalmente para despertar esperanzas en los excluidos, para promover la organización que descansara en las propias fuerzas de los pobres, y no creo que dudara en usarlo, para conspirar contra el poder establecido, si con ello beneficiaba la vida y la causa de los pobres. Fernando tuvo una inteligencia privilegiada y una capacidad pastoral y organizativa como a nadie he conocido en mi vida. Estos talentos puestos al servicio de la misión apostólica trajeron tanto bien a tanta gente pobre, que su funeral se convirtió en una auténtica movilización de la gente-sin poder. Y con Fernando Bandeira se marchó un gran fiscal de la Compañía de Jesús con respecto al compromiso con los pobres. Criticó sin piedad los programas o proyectos que tuvieran a los pobres más como argumento que como sujetos, y cualquier programa que tuviera dineros sin tomar en cuenta la realidad de pobreza de la gente, lo consideraba un engaño, un insulto y una manera directa y sutil de corrupción. Fernando se retiraba para siempre de aquellas personas que en nombre de los pobres gestionaban grandes cantidades de dinero y las usaban en pagar consultores y sueldos completamente desproporcionados con la realidad de la gente campesina o urbana marginal. Con todo, sus críticas no siempre fueron justas con los suyos. Muy dueño de su crítica al poder y a las instancias de poder, no lo era tanto cuando debía compartir espacios de corresponsabilidad en el trabajo con otros compañeros de equipo. Cuando alguien le hacía sombra, difícilmente superaba la tentación de quitárselo de encima. Y sufría tanto con esta falta de libertad que una vez consciente de su falta, no dudaba en resarcir el daño. Yo mismo en más de una ocasión atendí su temblorosa voz que pedía una nueva oportunidad para el camino.

“Tenía yo catorce años cuando conocí a Fernando; estaba yo en la escuela y atendía una pulpería. Fernando iba a comprar cigarros y chicles a esa pulpería. Una vez fui a platicar para preguntar por los requisitos para entrar al Loyola, y me

dio una nota de referencia. Fue como el pase para que yo comenzara mi camino hacia una vida con algo de futuro, porque uno en los barrios sólo le espera el trabajo rudo o el mero desempleo, y de ahí a cualquier corredor de sobrevivencia, incluyendo la delincuencia. Fernando me abrió una puerta. Pero no me dio el camino. Me dio una puerta para que yo fuera descubriendo el camino. Recuerdo que lo primero que me dio fue unos chicles aplastados, casi podridos. Comencé a ir a la catequesis, luego a los grupos juveniles. Gracias a Fernando logré terminar dos años de ebanistería. Lo acompañaba a visitas a las familias y a celebrar misa. Siempre me pasaba buscando para que lo acompañara. Hasta la recomendación le tuve que pagar. Le pagaba haciéndole mandados. Fernando compraba alguna cosa, y guardaba las monedas en una alcancía. Al final del mes, me decía que sacara y contara las monedas. Con esas monedas pagaba la mensualidad en el Loyola. Pero yo tenía que pagarle con mandados, limpiándole la moto o el carro. Y sobre todo, acompañándolo. En ese tiempo, yo pensaba, y decía qué tacaño es este hombre, porque yo le hacía cosas, le lavaba el carro, y ni un lempira me daba. Poco a poco fui entendiendo que aquello era una enseñanza, que debía hacer las cosas sin esperar nada a cambio. Lo importante no era el dinero. Que todo lo que yo consiguiera lo lograra con el trabajo. Era un hombre austero, algo frío. Poco a poco fui entendiendo que él me estaba enseñando para abrirme paso en la vida. Platicaba conmigo como si yo fuese un adulto. Conversaba y conversaba. Yo lo escuchaba...Decían que era un sacerdote enojado, estricto, sin embargo yo le fui conociendo la parte más tierna,.. Trabajaba yo de ayudante de albañil, y no tenía zapatos. Trabajé y el señor con quien trabajaba no me pagó. Le conté a Fernando, y él mismo me acompañó al mercado, y entonces compramos los zapatos, y me dijo "aquí ando yo, como si fuera tu papá".

Conocí a Fernando Bandeira en 1977, a muy pocos meses antes de mi ingreso al noviciado. Me mostró los caminos de la parroquia de Tocoa, extendida entonces hasta las playas del municipio de Limón. Ese encuentro con Fernando estremeció mi vida. Sus críticas de entonces y su fidelidad a la gente-sin-poder dejaron huellas profundas en mi vida. Y aunque años después tuve con él debates y desencuentros feroces, nunca perdí mi admiración y mi respeto hacia sus convicciones y compromisos sin tapujos con la gente pobre de Honduras. Nunca pude olvidar de Fernando sus palabras antes de despedirnos de aquel primer encuentro, ya en los primeros días de 1978: *"Tú tienes talento para ser buen jesuita y hacer mucho bien a tu pueblo. Eso sí, el día que te olvides de tus raíces populares y te dejes atrapar por la comodidad y por la vida*

fácil de la Compañía, mejor retírate, porque así no te queremos de jesuita. Y si un día tienes crisis por tu compromiso con la justicia, no te salgas sin buscarnos a los que seremos siempre tus compañeros en ese camino". Y un día de 1983, con Chicho de testigo, Fernando fue a mi encuentro mientras me revolvía en mis propias angustias y dudas, entre las renunciadas frescas a los amores de una mujer y las terribles batallas internas entre mi pasión por la Compañía y mi pasión por la política. Y ahí, en un oscuro rincón de una habitación de la comunidad de Bosques de Altamira, en la Managua de aquella lejana y desaparecida patria libre, Fernando me ratificó sus palabras con su presencia, y me sentí movido a apurar respuestas al Señor.

"El siempre mantenía un equilibrio entre la fe y el compromiso social. Nos animaba a participar en retiros, pero animaba igualmente a que la gente se comprometiera y se organizara. Nos enseñó la cercanía con la gente, siempre visitaba a las familias. Le huyó salir en público, se escondía de los medios. Tampoco bendecía centros comerciales o bancos. Participaba en reuniones con gente de dinero. Decía que la pasaba muy mal, pero mantenía ese equilibrio. No cerraba las puertas, aunque estaba muy clara su opción por la gente indefensa."

Los debates con Fernando me enseñaron a no huir nunca a la confrontación con temas que tienen de por medio la vida y la justicia de los pobres. Y también comprendí la importancia de huir a los debates estériles, cuando los pobres y la misión por la justicia dan rienda suelta a sesiones de escolástica, o cuando hay juego sucio de por medio. Con Fernando palpé de cerca que la fidelidad a los grandes proyectos y a las grandes luchas por la transformación social, pasa por la fidelidad a las personas de carne y hueso, que la misma fuerza e ilusión puestas en una gran lucha social hay que ponerla en la defensa al derecho pisoteado de una persona. Y en ambas luchas vale la pena jugarse la vida entera y el prestigio. Quizás Fernando y yo no recibimos la gracia de ser amigos íntimos; pero sí recibimos el regalo del crecimiento mutuo a partir del debate con el centro puesto en la causa de los pobres. La terca fidelidad de Fernando a los pobres-sin-poder fue siempre un aguijón ardiente en las incoherencias de mi vida. Con su muerte descubro, con más urgencia que nunca, la necesidad de contar con compañeros con el corazón entero sembrado en la periferia de este

mundo y en sospecha siempre de la palabra dicha sin champa puesta entre los pobres.

"Cuando él se enojaba con otros compañeros, él me buscaba porque decía que así se le bajaban los ánimos. Mi labor era escucharlo. Yo era callado... Cuando él se trasladó a Victoria, yo lo fui a dejar. Me quería quedar con él. Me dijo que yo debía seguir libre, que estudiara. Tenía que ser ave que toma el vuelo. Así me dijo cuando nos despedimos. Me costó soltarme de él. Me costó la libertad. Y sigo creyendo que la libertad es de las cosas que más cuestan en la vida".

Con su muerte, confieso que un aire de orfandad estremeció mi vida, y esta angustia por poner en palabras su recuerdo no es más que mi confesión de fondo por seguir contando con compañeros que, como Fernando, toquen el fondo de mis dudas y egoísmos, y me remitan siempre a la misión que toca las entrañas de la vida de los pobres, de donde brota una suerte que nos salva a todos.

"El día que Fernando murió estaba yo en Tegus, en el Centro Loyola. Se vino una tremenda tormenta. De pronto se apagó la lámpara. Sólo el pensamiento de Fernando se me vino a la mente. 'Se habrá muerto', dije. No pude estar tranquilo. Me puse a llorar, y no podía llamar porque no había teléfono en aquella casa. Me dormí y soñé que estaba muerto. Sentí su mano que me apretaba, y me decía que tuviera fuerza. En la mañana me dieron la noticia que yo ya sabía. Fernando me la había dicho. Volví a soñar. Me costaba aceptar que estaba muerto. Se acercó a mí enojado, y yo entendí que me quería decir que debía aceptar el reto de hacerle frente a la vida, con mis propias responsabilidades, con las herramientas aprendidas."

Cuando estoy en el trabajo del Eric, y me toca ver los dineros que recibimos de los organismos de cooperación, y cuando tengo que contratar empleados y más empleados, se me viene de golpe el rostro de Fernando, qué diría Fernando, me digo a mi mismo, como voz de la conciencia, como recordando que lo mejor y más gratificante no es la cantidad de recursos que uno tenga para la misión, sino la entrega y la gratuidad en el servicio.

"Hace dos mese soñé con él la última vez. Íbamos juntos, nos detuvimos en una llantera. Miramos que ya estaba oscureciendo el día. Iba un tercero, y me mostró el ataúd de Fernando. Lleno de monte estaba el ataúd. Pero él estaba a mi lado. No lo debo buscar en la tumba. Debo seguirlo en la vida".